

VII.

Esta carta vino á aumentar el espanto de Allán, porque le descubría nuevos horizontes y nuevas tempestades, en el fondo de los cuales se distinguía el porvenir. ¿Quién era aquella niña que se adhería á él con toda la fuerza de una afección única, débil criatura, cuya sed de felicidad se mostraba tan intensa? Comprendía que no le amaba en vano, y que no le perdonaba ninguna de las posibilidades de ser dichosa.... ¡Ensayo cruel, que concluiría por la desesperación! Preguntábase cómo sostendría la lucha con una mujer que tenía una pasión tan desordenada por ser dichosa *á cualquier precio*, cuando se sentía casi vencido al descubrir el amor que sentía por ella. Desconocerse tanto de un lado y conocerse también del otro, le parecía una cosa extraña y amenazadora. ¡Qué grito tan humano resonaba á través de aquellas purezas maravillosas, de aquellos angelicales suspiros, de aque-

llas ternuras fraternales! Sí, era una cosa extraña y formidable. Cuando las pasiones no han perdido todavía el carácter de la inocencia, ocultan en su seno el infinito.

Las últimas líneas de la carta de Camila se le ofrecían á la imaginación como una duda. ¿Sospecharía el secreto que mediaba entre la señora de Scudemor y él? En parte por respeto á Iseult, y en parte por complacer á su pasión, que tan avasalladora sentía ya, trató de engañar á la pobre niña.

«Tienes razón, Camila (le respondió): ¡amémonos cada vez más! ¡Amémonos y seamos dichosos! ¡Ah! Si para ser feliz no te hace falta más que la adoración de tu hermano, ¡cuánto lo has de ser en adelante! Tu carta ha duplicado en mí la afección que te tenía. ¡Oh, querida mía, qué inmensa es tu alma! Quiero llenarla toda entera, y por profunda que sea, la colmaré con mi amor.

»¡Perdóname esa frase que te ha hecho un daño inútil, niña querida! Que esa palabra, que es incomprensible para ti, lo siga siendo siempre. Has adivinado al pensar que no me aislaba de ti por un pesar; ¿por qué me había yo de arrepentir de amarte? Pero como tú misma dices, hay diferencias en el modo de ser dichoso, y si en amarte soy igual á ti, Camila mía, en punto á felicidad mi alma vale menos

que la tuya; no tengo tanta fuerza como tú para ser feliz.

»Siempre he desconfiado de la vida; siempre la he creído pérfida, aun en los momentos en que más me sonreía; superstición que excita la risa de mi razón, pero que se venga. He creído siempre que el día de mi nacimiento (ya te he contado que vine al mundo un día de invierno sombrío y helado, día de suspiros y de lágrimas, día dedicado á los muertos, los cuales me han marcado con su polvo profético), he creído que aquel día ejercía una funesta influencia en mi vida y en mi pensamiento.

»¿Te acuerdas, hermana mía, que en nuestra infancia te he afligido muchas veces con mis tristezas infundadas? ¿Te acuerdas que con mucha frecuencia te he rechazado por el capricho de estar solo? No sabías qué era lo que me pasaba, pobre inocente; pero era, querida Camila, la idea de lo desconocido, informe aún, pero ya comprendida, que me aterraba con sus presentimientos inexplicables.

»Pero no debo turbar tu vida con esas inquietudes del destino, Camila mía. Cuando me pides la felicidad con tono suplicante, cuando has puesto sobre mi cabeza todo el amor que has podido dar, y todas las felicidades que puedes esperar, no debo desechar tus súplicas con las fúnebres imbecilidades de mi corazón. No;

antes bien quiero participar de tu entusiasmo por la felicidad que haces consistir en el amor, y solo en el amor. Por otra parte: ¿no se han adormecido mis pensamientos sombríos con la idea de ese amor? Y puesto que esos dos meses han sido para mí tan dulces como la Vía Láctea en una noche de un cielo enteramente sereno, ¿por qué he de temer que los días que han de venir han de ser diferentes de los que ya pasaron? ¿Por qué no me ha de ser permitido creer en ti más que en mí mismo?... ¡Ah! He sido injusto... Me acuso de ello, y me arrepiento de la imprudente palabra que ha podido hacer correr tus lágrimas.

»Pero escucha, tierna y querida amiga mía: si algunas veces, estando cerca de ti, á quien tanto amo, en el seno de esa existencia soñada que hemos realizado, llegase una nube á velar mi frente, un pensamiento triste á helar mi sonrisa, ¡ay!, cierra los ojos y olvídale (porque no será nunca más que un instante rápido, un relámpago que al verle habrá ya desaparecido), porque cuando vuelvas á abrirlos, tus ojos adorados me encontrarán ya sereno y feliz como tú. No te inquietes por esos movimientos fugaces que cruzan por encima de la misma felicidad, propios de mi naturaleza obstinada, que, aunque se la crea vencida y desarmada, reaparece algunas veces. Absuélveme de esa

desconfianza eterna, si en alguna ocasión se muestra y sobrenada para perderse de nuevo en las delicias de nuestra unión. Esa desconfianza, Camila querida, no tendrá nunca por objeto el amor. No te aflijas por ella; tu piedad me sería demasiado cruel. Puesto que mi amor te basta, ¿me castigarías tú, Camila adorada, no siendo dichosa completamente, de que yo no pueda ser tan feliz como tú?»

Indudablemente Allán sentía lo mismo que decía al escribir á la señorita de Scudemor; pero la idea de la predestinación á la desgracia, esa idea que al apoderarse del hombre le predispone para la locura, ¿era todo el secreto de sus tristezas? No, no es posible. Solamente que disipaba una sospecha ó quería prevenirla, insistiendo en aquella desconfianza, como uno de los lados más débiles de su carácter.

Á todo tirar, al obrar de aquella manera pensaba más en la señora de Scudemor que en sí mismo, porque él se consideraba como violentado por una fatalidad implacable (el amor de Camila); pero al menos aquellas dos mujeres, que tenían que destrozarle el corazón cada una á su manera, no chocarían una con otra después de haberle aplastado.

Cuando se es juguete de una fatalidad que se adora, y esta fatalidad empuja á un fin temible por el camino que se ha elegido, se ol-

vida fácilmente que se es también víctima: es la estupidez de la pasión; y el hombre, que se distingue de la bestia por la previsión del porvenir, se apacienta en las flores de la vida como el toro cebado para el sacrificio.

Allán era amado. Esa felicidad del amor tenía tan deleitables embriagueces, que hubiera deseado que no se disiparan jamás; pero la inteligencia acudía de tiempo en tiempo á hacerse presente á través de tales deleites: les tenía horror, pero no dejaba de sumergirse desesperadamente en ellos. ¿Era que adivinaba que había de llegar un momento en que los invocaría con afán, pero en vano?

VIII.

Sin embargo, la vida pareció volver á ser lo que había sido antes para Camila y Allán, aunque con un carácter más ardiente y más concentrado. Aquella precisaba más cada día su pasión, y comenzaba á salir de lo desconocido, en que hasta entonces había estado confundida.

La carta de Allán había calmado enteramente los terrores de Camila, que le compadecía por aquella predisposición á la desconfianza, de que jamás le había hablado, y que ahora le explicaba satisfactoriamente muchas de sus tristezas. Que su amor triunfase ó no de las desconfianzas de su hermano, eso era para ella una razón para amarle más. ¡Ah! Cuando se ama, todo es una razón plausible para amar más.

—Quiero desmentir sus presentimientos (se decía). Y, en efecto, su mirada, su voz, su mano cuando estrechaba la del joven, todo su ser, en fin, respiraba tanto amor, que el que la amaba

no podía abrigar la menor sospecha. La señora de Scudemor no hubiera podido sospechar qué misteriosos efluvios de amor se difundían de los dos jóvenes, en presencia de aquella intimidad que era más que la familiaridad acostumbrada, cuyas apariencias, castas y contenidas, expresaban una afección tan profunda. Mirábalos con los ojos secos y con su sonrisa incolora; y ¿quién sabe si sufriría en el fondo del corazón por no poder ser una tercera persona en aquella confianza y en aquella amistad? Porque las afecciones causan envidia aun cuando el corazón no tenga fuerza para sentir las, y la naturaleza humana se ingenia de tal modo para sufrir, que muchas veces lo que debía ser un goce, suele convertirse en un dolor. Por lo demás, si Iseult sentía esa pena, era muy ligeramente, y moría en silencio en el sitio mismo en que había nacido, sin vender su existencia abortada en su rostro tranquilo.

Algunas veces, cuando la Condesa no estaba delante, Camila decía con suma ingenuidad:

—¡Mi madre no sabe hasta qué punto nos amamos, hermano mío! Y estas palabras caían como un frío glacial en medio de las dulces impresiones y de las inagotables sensaciones de Allán. ¡Tenía tan poderosas razones el infeliz para desear que lo ignorase siempre!

—Pero (continuaba diciendo Camila, sin dejar su bordado), ¿qué nos importa que no lo sepa? Esas cosas no pueden confiarse. Yo no amo más que á ti, y me sería imposible decir á otro hasta qué punto me eres querido.... Y después, mi madre, á pesar de que es muy buena para mí, es tan fría, que con ella me encuentro más tímida que con una extraña.

Allán no se atrevía á responder á estas palabras. Sabía cuán poco madre por el corazón era la Condesa de Camila; pero él, á quien Iseult se había confiado; él, que conocía la causa de la aridez de aquella alma engañada y ulcerada, le tenía tanto respeto, que una observación hecha acerca de su frialdad le hubiera parecido una ingratitud... Camila no podía conocer los motivos del silencio del joven, y le amaba demasiado para no ver en él una extremada delicadeza.

—Tú no te atreves á acusar á mi madre (continuaba diciendo). ¡Eres tan bueno y tan generoso, Allán mío! Yo tampoco la acuso. Tal vez haya sido desgraciada. Sin embargo, no llora nunca, y no me acuerdo haberla visto triste jamás.

—Es que hay desgracias tan grandes, que desecan la fuente de las lágrimas, y hay abatimientos tan profundos, que se asemejan al valor por su admirable impasibilidad. Tú es-

tás en la aurora de la vida, hermana mía, y no conoces otra cosa que las lágrimas para expresar el dolor, porque cuando sufres lloras. Pero no siempre se tiene el corazón lleno, y no creo que tu madre sea menos digna de compasión, si llega á sentir esa sequedad.

—¿Quién te ha enseñado todo eso, hermano mío?—dijo la niña.

Pero él se guardaba muy bien de responder, así como de decirle de dónde sabía todo aquello, y cómo, siendo casi tan joven como ella, lo había aprendido.

Camila, pensando en su madre, y entristecida por la impresión penosa de aquellas palabras, añadió:

—Sí, tienes razón; no quiero cometer la injusticia de quejarme de mi madre, ni quiero murmurar ligeramente de su frialdad: y, además, ¿por qué he de quejarme, amigo mío, cuando tú ocupas el lugar de todo? Contigo no tengo necesidad de nada, no, ni aun del amor de mi madre.

Y estas encantadoras palabras eran dichas con un acento tan dulce, que resonaban como una armonía del cielo en el oído del joven.

—Sí; yo soy huérfana como tú (prosiguió). Amémonos, Allán; amémonos como dos pobres niños que no han podido conocer nunca la ternura de una madre. ¿Querrás creerlo? Pues

ahora casi sentiría que me amase. Soy dichosa con ser huérfana, por parecerme más á ti.

Y le miraba de una manera capaz de hacerle enloquecer, si no hubiera inclinado la frente sobre su hombro, inundado de las más puras delicias y complaciéndose en la suavidad de las lágrimas que humedecían sus ojos.

Pero la vuelta de Iseult interrumpía sus largos éxtasis y sus felicidades inauditas. Sin embargo, el encanto recordado del momento pasado, embalsamaba el presente, y esto mismo les servía de un goce nuevo y dulce. El alma tenía necesidad de explayarse, de replegarse sobre sí misma, para *gozar mejor de su goce*. Reflexionar en nuestra felicidad, ¿no es tanto como acrecentarla?

¡Oh! Si el amor permaneciese siempre en nuestras almas lo que era para aquellos dos niños, ¡qué hermosa sería entonces la vida! ¡Qué bueno sería llorarlo, y morir cuando ya no se experimenta! Todo lo que los poetas han dicho acerca de la felicidad de amarse, sería grosero comparado con la realidad. Solamente que no es posible respirar el perfume de la flor sin ajarla.

Esta ley, que comprende á todas las criaturas, no dejó de hacerse sentir en la existencia celestial que su sentimiento les había creado. Un nuevo grano de arena cayó en el

fondo de la copa maravillosa en que bebían el fuego de las estrellas, y, como sucede siempre, aquel poco de tierra mezclado á todas las beatitudes celestes, les hizo esas mismas beatitudes mayores todavía. ¡ Ah! La primera voluptuosidad, el primer estremecimiento de otra sustancia que la de nuestra alma, el primer salto de la carne, niño sin forma, en los senos de un amor tan puro, y que sin mostrarse nos hace conocer que está dotado de vida, es el momento más completo de felicidad, porque en él todo hombre es dichoso.

—Amigo mío (le dijo un día Camila á aquel que por tanto tiempo no había llamado más que hermano); mi madre se separa muy poco de nosotros ahora. Estamos tan poco tiempo solos, que nos es imposible decirnos todo lo que nos tenemos que contar.

El joven estaba de acuerdo con ella; pero le era imposible alejar á la señora de Scudemor. Afortunadamente, la primavera se aproximaba, y, según ellos creían, gozarían más libertad. ¿No tendrían el pretexto del paseo? Y cuando se les creyese á cada uno por su lado, ¿no podrían reunirse ocultos entre los árboles del jardín? Pero en el ínterin, érales preciso contentarse con cruzar á hurtadillas algunas palabras muy tiernas, y contener las

lágrimas que el amor y la felicidad hacían asomar á sus ojos.

Esto era difícil, y los hubiera hecho estallar; por lo que resolvieron escribirse todas las noches lo que no hubieran podido decirse durante el día. Un magnífico tomo de Burns, el poeta favorito de Allán, fué el sitio escogido para depositar la correspondencia, y para ello le colocaron en la biblioteca, sitio en que nunca entraba la Condesa.

Pequeño consuelo era este, pero les hizo vivir algún tiempo. Eran muy locos ó muy sublimes, pero siempre eran el hermano y la hermana.

Camila y Allán, que no querían separarse durante el día, no podían escribirse más que por la noche. Sus cartas eran largas, y hacían prolongar la velada hasta la madrugada. ¿Eran estos insomnios continuados los que habían rodeado de tan fuertes ojeras los ojos de Camila? Hubiéraselos podido comparar muy fundadamente á un sol de estío incendiando una masa de nubes sombrías. Para el que la observara con detención, estaba más abatida que triste. Tenía el doble cansancio de la felicidad y de la inocencia, y de estas dos fatigas, la más grande en aquel momento no era la de la felicidad.

Allán contemplaba en los ojos de Camila

aquella huella de un sufrimiento y de una fatiga secreta una noche que se hallaban solos por una casualidad, que tenía lugar algunas veces, pero no muchas. El invierno tocaba á su fin, y la atmósfera estaba transparente á causa de la fuerte helada que caía....

En el azul del cielo, extremadamente claro, las estrellas, que parecían más pequeñas que de ordinario, brillaban también más blancas y con reflejos más acerados que de costumbre. La luna ostentaba su diáfano creciente, semejante á un brazalete roto y perdido. El pantano, inundado todavía por los desbordamientos del Douve que se retiraba poco á poco, reflejaba la calma del cielo, y los sauces, cuyas ramas se asemejan á la cabellera de una mujer agitada por el viento, se hallaban cubiertos de mil cristalizaciones caprichosas. Paisaje fantástico visto á través del velo de vapores que el calor del salón cuajaba en los cristales de las ventanas, y que tenía el atractivo de las heladas blancas, especie de sonrisa del invierno cuando el aire es tan fino y tan sonoro.

—¿Por qué sufres, Camila? (preguntó Allán á la joven.) Te encuentro cambiada y abatida hace algunos días. ¿Qué tienes, hermana mía?

—Nada. No sufro, físicamente al menos (contestó con una dulce sonrisa de agradecimiento). Pero....

—¿Pero?...—interrumpió el joven.

—Pero, como dices con razón, me siento abatida. Languidezco de tanto amarte.... y yo quisiera vivir.

Cogiéronse las manos, y notaron que estaban abrasando.

—¡Oh, Allán! (dijo, levantando hacia él sus grandes ojos negros, fatigados, pero ardientes esferas de llama en una órbita vacía.) ¿Por qué estoy triste como tú, yo, que estoy hecha para ser dichosa, según dices?... ¡Ah! Comienzo á creer que el corazón es pequeño para tanto amor. Un gran sacrificio me aliviaría.

—Únicamente la muerte puede aliviarnos, —dijo Allán.

Camila no comprendió el sentido de estas palabras.

—¿Quieres morir conmigo, Camila (preguntó), ya que no podemos soportar el peso tan enorme de nuestra felicidad?

¡Qué cosa más extraña y admirable es el amor! Aquella niña, que rebosaba de vida, se sonrió dulcemente al pensamiento de la muerte, como hubiera podido sonreír con una joven amiga.

—¿Morir? Sí, por ti, pero no contigo (dijo). ¡Oh, sí; morir por ti sería una felicidad! Has encontrado lo que me hacía falta, Allán.

—¿Y por qué no morir juntos, hermana mía querida?

—Porque (dijo Camila exaltada, poniendo de manifiesto su corazón), porque morir juntos no es sacrificarse, y eso sería tener que volver á empezar, dando por hecho que haya amor todavía al otro lado de la tumba. ¡Ay, amigo mío! No es de reposo de lo que yo me hallo sedienta, sino de sacrificio.

Y permaneció bastante tiempo silenciosa, como si reflexionase, lo mismo que Allán. Y aquellos niños enamorados estaban graves como dos viejos. El amor acababa de conducir su pensamiento tan lejos como podía en el infinito; pero desde los bordes de la eternidad, donde se encontraban, volvieron repentinamente á la vida. ¡Qué pobre es el alma humana cuando las alas le faltan tan pronto, y desde el más puro de los sueños cae en lo más profundo de la materia!

Manteniáanse sin decirse nada, pero con las manos cogidas, ella apoyada en los codos enfrente de él con el rostro alterado por el mal-estar producido por un amor y una felicidad demasiado grandes. Las huellas de insonmío que presentaba, aquellos ojos cargados, aquella sonrisa lánguida, aquella humanidad consumida por la llama interior, y sobre todo aquel deseo de sacrificio, aquel afán de morir por él en me-

dio de la más profunda dicha, que era todo su sufrimiento, la hacían más bella que una mártir.

¡Ah! ¿Cómo debería aparecerse al que se había lavado de las manchas de las primeras caricias en el recogimiento de su imaginación y en la vergüenza de un amor de carne, á él, á su hermano, su vida, su alma, que se había perdonado el amarla, y confiaba en el porvenir á causa de la pureza del amor que la consagraba? ¿Cómo debía aparecerse cuando, no sospechando ya que podían compartir una felicidad más, acababa de proponerle con tanta sencillez el morir juntos? En aquel momento, aun para otro que no fuera Allán, Camila irradiaba mil veces más alma que hermosura corporal; pero para él, que adoraba en primer término su alma á través de la belleza del cuerpo, ¿no debía ser un objeto sagrado y religioso?

Así debía suceder; pero, sin embargo, no sucedió. ¿Debemos por eso maldecir la naturaleza humana? Sus alientos, que tantas veces habían pasado sobre sus puras frentes sin dejar huella alguna, enardecían sus rostros. El de Camila, ordinariamente sano y fresco como el rocío de Mayo en un lirio, tenía algo de acre, de ardiente, de enfermo.

Allán se estremeció al contacto de aquel

aliento, caliente y frío á la vez como la menta, pero impregnado de un perfume embriagador y sin nombre. La sangre le latía fuertemente en las arterias, pero tal vez sería sólo el éxtasis del corazón; inclinábase hacia ella, que en su contemplación muda se inclinaba á su vez hacia él, como para confundir sus pensamientos en un beso fraternal y púdico, lleno completamente de la seguridad santa del sentimiento de que se hallaban animados.

De las cuatro manos unidas, dos se separaron: una enlazó el cuerpo de Camila, la otra con mayor lentitud se suspendió al cuello de Allán.... y entre los cuatro labios quedó una distancia tan excesivamente pequeña, que el átomo de aire que los separaba quedó pronto devorado, y por la primera vez no fueron dos hojas de rosa que se tocan vagamente en el espacio donde van arrastradas por la brisa de la mañana. Más empapados de rocío, aquel día permanecieron adheridos uno á otro; el beso duró mucho más tiempo que el contacto débilmente sentido, y en vano Camila resistió bajo la presión más ardorosa de Allán. Buscaba en la fuente misma el néctar virginal, cuya espuma había gustado en el borde de la copa. Aquello no fué un beso, sino un voluptuoso misterio, el beso que hunde en el corazón un dardo que jamás se arrancará.

¿En qué se convirtió la hermana? ¿Qué fué el hermano?... El glorioso amor místico espiraba con las ignorancias de la adolescente. ¿Era de aquella manera como *ella* debía apagar su noble sed de sacrificio? ¿Era así como se acordaba *el* de la dicha que hubieran encontrado en morir?

IX.

CAMILA Á ALLÁN.

«¡Oh, Allán, Allán! ¿Qué es lo que he hecho? ¿Qué es lo que siento desde ayer? ¿Quedaban más felicidades todavía cuando yo las creía todas agotadas? ¿Había una nueva vida en el fondo de la vida, un nuevo amor en el fondo del amor? Dime, por piedad: ¿hay algo nuevo todavía? ¿Será siempre lo mismo, amigo mío? ¡Oh! Entonces, ¡qué bueno es vivir! ¡y tú hablabas de morir!

»¡Ah! Yo ignoraba el poder que tiene una caricia cuando se ama, y, sin embargo, conocía tus caricias y no te amaba menos que hoy. Tus besos, ¡oh, hermano mío!, tenían la dulzura de la miel en mis labios, y cuando mi corazón abrasaba mi pecho, tus besos parecía que descendían á él como un líquido exquisito y refrigerante, siendo un calmante para mi alma. Ahora, Allán, ¡qué diferencia! ¡Tus besos me anonadan, hacen morir! Pero los desfallecimientos que producen son más deliciosos aún